

Una Gente

A person

Por: Mariel Anahí Pérez Rodríguez

Resumen:

Un encuentro cotidiano con una mujer en situación de calle que, al intentar nombrarse afirmó: “Yo no tengo nombre, soy una gente”, fue el punto de partida para problematizar la manera en que la violencia trasciende la dimensión corporal para afectar el lenguaje, la subjetividad y la posibilidad de reconocimiento propio y ser reconocido por los demás. El presente trabajo analiza a partir de esta expresión los vínculos entre violencia, locura, estigma e identidad, desde una perspectiva crítica y psicoanalítica se cuestionan las formas de exclusión que recaen sobre quienes son colocados en los márgenes de lo social y sobre quienes viven experiencias asociadas con la locura. Se concluye que la expresión “una gente” se interpreta como una forma de nombramiento que surge en medio de una fractura identitaria, en donde la violencia y el estigma no solo afectan a quien los experimenta, sino que revelan la fragilidad de los mecanismos sociales mediante los cuales reconocemos, nombramos y otorgamos un lugar al otro.

Palabras clave: Violencia, estigma, identidad, exclusión social, subjetividad.

.....

Abstract:

A chance encounter with a homeless woman—who, when attempting to name herself, stated, “I have no name; I am a person”—served as the starting point for examining how violence transcends the physical realm to affect language, subjectivity, and the possibility of self-recognition and recognition by others. Drawing on this expression, the present study analyzes the links between violence, madness, stigma, and identity; adopting a critical, psychoanalytic perspective, it questions the forms of exclusion imposed upon those relegated to the social margins and those living through experiences associated with madness. The study concludes that the phrase “a person” represents a form of self-designation emerging from an identity fracture; in this context, violence and stigma not only affect the individual experiencing them but also reveal the fragility of the social mechanisms through which we recognize, name, and assign a place to the other.

Keywords: Violence, stigma, identity, social exclusion, subjectivity.



Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0
International (CC-BY-NC-SA 4.0)

Recepción: 23 de abril de 2026

Aceptación: 25 de mayo de 2026

Publicación: 2 de octubre de 2026



No todos los encuentros se buscan; algunos no se recuerdan y otros, en cambio, siguen resonando en el interior. Este escrito no es pasajero ni mínimo: es una escena de la vida cotidiana que abrió una grieta para que podamos comprendernos en nuestras diferencias. Aunque no se pretende dar una explicación cerrada, sí se puede pensar que la violencia no siempre se queda en el cuerpo, sino que se atraviesa la palabra hasta perder el nombre.

En estos términos, “una gente” no es un caso aislado ni único, sino un punto de condensación donde lo social y lo íntimo se articulan, entonces ¿Qué sucede cuando la violencia irrumpe hasta deshacer la posibilidad de reconocer al otro? ¿Qué lugar le damos, como sociedad, a la locura y a aquellos a quienes empujamos fuera de lo social?

Y fue con la siguiente frase como su voz se incrustó en este escrito.

I. YO NO TENGO NOMBRE, SOY “UNA GENTE”

La frase me alcanzó en la esquina del Oxxo, mientras aquella mujer ofrecía calcetines a cinco pesos. Yo acababa de cruzar la cuadra de césped húmedo que separa mi casa de la tienda, cuando su voz se impuso sin aviso. No

hubo saludo ni explicación: solo la negación de sí misma en un murmullo que parecía sentencia.

Ella llevaba sandalias con calcetines y una playera floja, como si le sobrara el cuerpo, como si su exterior escondiera bajo capas de tela, una historia que no alcanzaba a decirse del todo. Su cabello estaba despeinado, aunque intentaba recogerlo en un moño, algunos mechones le escapaban y le formaban una especie de corona desordenada alrededor del rostro. Pero lo que más retenía la atención no era la ropa ni el gesto, sino su mirada: una mirada extraviada, suspendida en el vacío, como si ya no cupiera nada más en ella que su propia historia.



Imagen generada con Chat GPT (2026)

Cerca había una bolsa de ropa que parecían sus únicas pertenencias, sobre el suelo, apoyado en un cartón, se leía con tinta azul: “estas cosas no son basura, tienen dueño, no las tires”. Era más que una advertencia, era un

grito silencioso contra la desaparición, una defensa mínima de lo que aún podía llamarse suyo.

Sus palabras me dijeron que yo era mujer, porque tenía un hombre. Ella, en cambio, no lo era. Sus palabras se quebraban como vidrio, saltando de un sentido a otro, dejando huecos imposibles de llenar con las suposiciones que pretendemos hacer cuando algo no entendemos. Realmente nunca supe si dijo “hombre” o “nombre”, ya que fonéticamente sonaban igual, en aquel momento supuse que hablaba de un hombre, pero quizá quiso decir nombre. Esa duda me persiste, porque jamás lo sabré con certeza.

II. YO NO TENGO HOMBRE, YO SOY GENTE

Aunque también eres tú gente, tú tienes un hombre. Pregunté casi en un susurro ¿Quién

—Él —contestó.

Una sola palabra, cargada con un peso imposible de describir. No era el dolor de un amor pasajero, sino el de una herida que no se borra y que deja cicatrices no solo en la piel, sino en el lenguaje, en la forma misma de sostenerse en el mundo. Actualmente se interpreta su “Él” como una enunciación difusa, como un nombramiento que excede al individuo, también como la violencia que no siempre se encuentra en un golpe, sino en la intrusión de la misma subjetividad. Freud (1922/2014) había señalado que incluso en los vínculos tiernos, estos pueden constituirse como formaciones reactivas frente a impulsos agresivos que fueron reprimidos.

Quizá aquel que le dañó fue alguien que encontró en su cuerpo y en su palabra un lugar donde descargar esa agresión, reduciéndola a un punto de impacto. Y, sin embargo, lo que allí se jugó no terminó en el acto, le costó a ella algo más que el dolor, le costó la posibilidad misma de sostenerse en su propio nombre.

Además, esa agresión que se volvió violencia en su narración no siempre se nombra; exige que ella no solo haya sido receptora del daño, sino también de un consentimiento silencioso.

Firestone (1973) decía que a los y las



te hizo daño?

oprimidas se les ha demandado ser tolerables “*sonriendo o riendo bobamente, aunque les hierva el infierno por dentro*” (p. 77), y eso deja una marca, no solo en ella o en mí, que la pude sostener en la mirada y que incluso queda sostenida por medio de las letras, sino en la sociedad, vuelta sucia, degradante, violenta, y agresiva en todas sus caras. Como bien señala Freud (1930), “*el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión*” (p. 108). Pues las relaciones sociales no solo se limitan al amor o al trabajo compartido, sino que están marcadas por la destrucción, la dominación, la violencia y la agresión hacia el otro, hacia ella, hacia cada uno de nosotros y nosotras.

III. LA VIOLENCIA EN EL MISMO SITIO

La vi algunos días después, siempre en el mismo sitio, vendiendo calcetines bajo un techo alto de concreto, enfrentando el frío y los insultos de quienes preferían no detener la mirada.

No sé si alguien la escuchó más allá de mí. Había una violencia sigilosa, una exclusión sin la necesidad de un encierro.

Con el tiempo entendí que lo suyo no era solo una cuestión de pobreza, sino de locura. No la locura espectacular de los manicomios ni aquella que en las series nos muestran como espectaculares o violentas, sino esa otra, silenciosa, que disloca las palabras, que desgarrar el vínculo con los otros y que empuja a quien la padece a un borde donde el nombre, lo que en apariencia nos pertenece desde siempre, se vuelve inalcanzable. Ella se nombraba “una gente”, y en ese gesto

quedaba expulsada de sí misma, con una fractura en sus registros que ya no le sostenía la existencia, porque la pérdida de su nombre propio no es un simple acontecimiento: es una borrada de su universo (Lacan, 1955/1956).

No era solo que ya no pudiera nombrarse a sí misma, sino que se había borrado el lugar donde pudiese hacerlo. Había perdido el sostén de su identidad para ser reemplazada por una palabra

Imagen generada con Chat GPT (2026)



que le recordaba el encierro en su propio cuerpo, porque cuando el nombre se borra, se desmorona el mundo y se deshilacha el vínculo. “Una gente” no aparece como elección, es más bien un intento de nombrarse cuando ya no queda nombre.

CONCLUSIÓN

Con lo ocurrido y el recuerdo, cabe decir, que la locura, ahora se sabe que no siempre grita ni amenaza. En ocasiones se sienta en una banqueta, viste sandalias con calcetines, acomoda su cabello en una corona desordenada y sostiene un cartón que ruega que sus cosas no sean tratadas como basura, que ella no sea olvidada. Y lo más perturbador no es verla a ella, sino descubrir en ese reflejo la fragilidad de todos: la posibilidad de que un día también nosotros perdamos el nombre que creemos propio, que se nos arranque nuestro mundo y no quede más que una forma cruel de ser nombrados.

REFERENCIAS

- Firestone, S. (1973). *La dialéctica del sexo: En defensa de la revolución feminista*. Kairós.
- Freud, S. (1922/2014). *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad* (J. L. Etcheverry, Trad.). En *Obras completas* (Vol. 18). Amorrortu.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura* (J. L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu.
- Lacan, J. (1955/1956). *El seminario, Libro 3: Las psicosis* (J. D. Nasio, Trad.). Paidós.

